

*Don Segundo Sombra*, de RICARDO GÜIRALDES.

Está visto que todos nuestros mejores gauchos han salido de familias bien; desde el máximo, Rosas, de estirpe patricia, rubio y de ojos azules; Facundo Quiroga cuya limpieza de cuna nos atestigua Sarmiento; el Chacho, todo un Peñaloza; José Hernández y hasta el gaucho aquél que ganó el torneo nacional de la Sportiva y que pertenecía a una de las familias más distinguidas de Salta. Ahora Güiraldes nos confirma la regla, porque, sin serlo, se nos revela el descriptor más acabado de la vida gaucha de la actualidad.

Hay en todo esto un mal entendido. Lo gaucho no es una indumentaria, como se esfuerzan en equivocarse todos los que lo relegan a los corsos de carnaval. El chiripá y la bota de potro han sido, en otro tiempo, la vestimenta del gaucho y nada más. Al desaparecer no se lo han llevado consigo y sería absurdo pretenderlo. El gaucho de hoy persiste sin esas prendas, demostrándose en mil detalles sugestivos y bien elocuentes para quien sepa interpretarlos. Aun en la política, lo gaucho se revela en ocasiones. Irigoyen es incomprendible si no se apela a la psicología gauchesca. Quien haya visto en plena avenida de Mayo una manifestación radical encabezada por gente de a caballo y reunida espontáneamente, comprenderá sin esfuerzo que ese estado de espíritu no ha muerto ni siquiera en la ciudad.

Es cierto que la vida actual del gaucho está transformada por completo. Ya no tiene por delante la inmensidad de la pampa sino el callejón que le dejan los alambrados y el paso a nivel de la vía férrea, pero eso, ¿qué importa?

Libro para iniciados, para todos los que han sentido en carne propia la vida gaucha. Nada le dirá al que no haya percibido en un lento atardecer el silencio imponente del campo, en que uno se siente hermano en soledad con su caballo; no conocerá todo su valor el que no haya sentido alguna vez los sacudones de cocktelera de un potro bellaqueador; nadie sabrá lo que encierra de amargura, sino aquel que ha llorado de rabia ante la invasión del alambrado y de la industria moderna, símbolos de vasallaje y de vida regulada y utilitaria. [Y en este libro,] más que en ningún otro, podemos revivir aquellos momentos inolvidables de nuestra primera yerra, de aquella remota riña de gallos, porque en él estas emociones están descritas de adentro para afuera. [Por primera vez tenemos una visión centrífuga del gaucho. Hasta ahora sólo lo veíamos a través de su ropa, de su cuchillo, de su habilidad, de su coraje; su psicología era cosa derivada, un producto de elaboración de cada lector, una pura deducción.]

Aquí no. Vemos al alma gaucha desde adentro, como quizá la sentimos en algún momento todos los argentinos, antes de que la ciudad nos agarre y nos haga doctores.

Esto es algo específicamente nuestro, y está traído con unas comparaciones tan al pelo, con imágenes tan exactas como no se habían visto desde *Martín Fierro*.

Tienen el acento machazo y la virilidad tranquila y segura del alma de don Segundo.

No es que hasta ahora no hayamos tenido figuras gauchas valientes, esforzadas, generosas. Casi diría que la novela y el teatro gauchescos no presentan otra cosa. Pero nunca habían sido vividas sino meramente narradas; con excepción del *Martín Fierro*, no conozco un buceo semejante en el alma del gaucho.

Este acento viril es cosa rara en la literatura gauchesca, tan dada a la declamación llorona como a la saudade romántica. Aquí los hombres sufren y vibran sin perder su línea, porque hay un convenio tácito y sobrehumano entre el hombre y la pampa, para que el uno esté a la altura de la otra.

Y es claro que para ver estas cosas tan de adentro, hay que ser uno de ellos.

Ahora bien, esta especie de autobiografía, que es uno de los caracteres peculiares del libro, sólo se consigue si el gaucho ha aprendido a describirse a sí mismo. Es lo que ocurre en el presente libro. Güiraldes ha debido despojarse de su ingenuidad primitiva para irla después a buscar a través de su cultura posterior. Es como los metafísicos que necesitan del no yo para tomar conciencia del yo. Llega un momento en que el gaucho se convierte en hombre de ciudad. Esto produce, como es natural, un doloroso desgarramiento en el alma de ese hombre íntegro, que en el libro está descrito con un raro acento de hombría, porque el hombre, en lo más profundo no ha dejado todavía de ser gaucho.

Es de imaginarse las dificultades técnicas de semejante posición. Güiraldes no ha sabido salvar siempre el escollo que significaba el contarse a sí mismo con otra piel, con nueva sensibilidad. No siempre su zambullida en el hombre primitivo llega al fondo, sino se queda en las napas intermedias. A veces asoma el hombre de gabinete que mira al gaucho como en un microscopio.

Eso resta unidad al libro. Así, por ejemplo, los capítulos de transición entre lo meramente descriptivo y la impresión subjetiva o aquellos del final, en que la ciudad se va imponiendo en la vida del resero, tienen una contextura más floja que las maravillosas descripciones del comienzo, tan precisas y nítidas que parecen cortadas a cuchillo. Y aun así, todas las veces que aquella alma cam-

pesina se asoma al bullicio y algazara ciudadanos, salva esa dificultad con raros aciertos. Véase, sino, cómo ya en poblado la acción no pasa del suburbio, es decir, no abandona nunca el escenario propicio.

Hasta ahora, las narraciones de la vida gaucha en primera persona, prestaban a sus personajes el lenguaje, pero no el espíritu de los gauchos. Tenemos el ejemplo del *Fausto*, de Del Campo. Güiraldes hace lo inverso, que es mucho más difícil. Les presta un lenguaje culto — cuando no se traduce en diálogo sabroso y exacto — pero les conserva intacta el alma original. Y esto es lo que le da un valor documental.

Lástima que libro tan logrado, revele cierto descuido en la escritura. Los errores saltan a la simple lectura. Así, en la página 10, líneas 8 y siguientes, dice: « Con los párpados caídos para no ver las cosas que me distraían, imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o verticales entre sí. » Es evidente que debió decir: « siempre paralelas o perpendiculares entre sí ».

Asimismo, la ortografía y la puntuación dejan mucho que desear, salvo, naturalmente, en aquellas palabras desfiguradas adrede para adecuarlas a la fonética criolla.

Pero estos son detalles nimios, que se corregirán seguramente en una nueva edición más prolija. La perfección misma del libro así lo exige.

Yo no conozco a Güiraldes más que de vista. Lo he conocido en los Amigos del Arte, teniendo como fondo unos cuadros de Van Dongen. Estaba en el salón tan a sus anchas como en un rodeo. No sé si él ha vivido en realidad todas las peripecias de sus héroes; pero las ha sentido y hecho sentir, y eso es lo esencial. Y en llegando a la ciudad, puede convertirse con idéntica facilidad en el intelectual, en el refinado.

No creo que haya mayor gloria para un argentino.

L. Hurtado.

1926.

*Farsa eugenesia*, por JOSÉ GABRIEL. Calpe J. Ugoiti. Buenos Aires, 1927.

José Gabriel, periodista inteligente y culto, crítico de talento que acaba de obtener con *Vindicación de las artes* un triunfo sonoro, ha publicado inesperadamente un libro raro y apasionante.

*Farsa eugenesia* es un drama de tesis, en donde ha volcado ideas y personajes de una fantasía que impresiona, y de una realidad que conmueve.

A través de la trama compleja, el autor nos interesa por sus ideas francamente reaccionarias en lo que respecta a las relaciones sexuales. Se burla des-